



La vendimia o El otoño. Francisco de Goya. Museo del Prado, Madrid

El vino no faltaba en ningún regocijo, fuera de pobres o de ricos, en la España del siglo XVIII. En algunos cartones para tapices de Goya, especialmente en los festivos o de recreo, aparecen las referencias icónicas al vino. Así, en el de «La Merienda» (1776), se ven unas cuantas botellas de vino en el suelo, junto a los platos, y dos de los majos brindan muy alegres con vino en vasos de cristal. En «La Pradera de San Isidro» (1788), en la parte anterior derecha, se ve a una maja echando vino de una botella al vaso que sostiene un majo que le acompaña en la comida de la



La merienda. Francisco de Goya. Museo del Prado, Madrid

romería. En el cartón de «El bebedor» (1777) un mozo bebe vino de una bota, a la manera en que se bebía en Aragón, Navarra o Cataluña, mientras que con un muchacho dan buena cuenta de una frugal comida o merienda, consistente en rábanos con pan.

En otras ocasiones se trata de escenas de labores agrícolas, como en el cartón de «La era» (1786–1787), referida a la estación del verano; a la izquierda de la representación, durante la siesta que sucede a la comida en la era, uno de los trilladores vierte vino de una bota grande en un vaso que sostiene otro trillador; su rostro denota algo más que alegría, y está perdiendo la compostura y el control, pues ya se le caen los calzones.



El bebedor. Francisco de Goya. Museo del Prado, Madrid

En el bellissimo cartón de «La vendimia» (1786–1787), escena galante referida a la estación otoñal, un aristócrata vestido de majo ofrece un racimo de los que lleva en el cesto a una dama, seguramente su esposa, mientras el niño extiende sus bracitos pidiendo que se lo entreguen a él. Una refinada vendimiadora está detrás con un cesto sobre la cabeza, lleno de los racimos de uvas que están cogiendo los vendimiadores que aparecen trabajando en la viña.

En todas estas escenas Goya plasma con gran maestría una alegría de vivir desbordante, tanto en los momentos de trabajo como en los de recreo y esparcimiento. El vino o las uvas de las que procede se convierten en elementos

significativos. El vino aparece como alimento básico e imprescindible, tanto en las comidas necesarias para el sustento diario como en las meriendas campestres y acontecimientos festivos, celebrados en medio del regocijo popular, pero también como medio de relacionarse, de entablar o fortalecer amistades, de divertirse. Son escenas populares españolas de las últimas décadas del siglo XVIII creadas por Goya para que, una vez copiadas en tapices por los tejedores de la Real Fábrica de Santa Bárbara, sirvieran de decoración en los cuartos de los infantes de España en los Reales Sitios.

Arturo Ansón Navarro



El vino y Goya

«El más dilatado viñedo de Aragón es el del campo de Cariñena [...] Las viñas están plantadas en un terrero de cascajo, o almendrilla caliza con mezcla de arena, muy a propósito para esta especie de planta [...] Los vidados dominantes son el crucillón y las garnachas, de los cuales resulta un vino muy cerrado de color»; así describía a finales del siglo XVIII Ignacio Jordán de Asso, en su «Economía Política de Aragón», las características de los suelos y de los viñedos del Campo de Cariñena.

¿Cómo se recrearía la vista del joven Francisco Goya la primera vez que pasó por las tierras de Longares y de Cariñena que flanqueaban el Camino Real, que le llevaría desde Zaragoza a Madrid, a la Corte! Era noviembre de 1763 e iba a probar suerte en el concurso de pintura de tercera clase que convocaba la Real Academia de San Fernando y a continuar su formación con el pintor que unos años después sería su cuñado, Francisco Bayeu. El viaje entre Madrid y Zaragoza lo repetiría en sucesivas ocasiones, con motivo de desplazamientos para pintar en Zaragoza o para descansar y pasárselo bien con sus amigos zaragozanos, especialmente con Martín Zapater.

Las paradas de los coches de posta o diligencias en Cariñena, como descanso previo a la llegada a Zaragoza, o como primera parada de la ruta entre la capital aragonesa y Madrid, le permitirían a Goya conocer la villa, con su recinto amurallado, que todavía conservaba, su amplia y suntuosa iglesia colegiata de Ntra. Sra. de la Asunción, construida en ladrillo entre 1694 y 1734 dentro del estilo barroco por Miguel de Velasco y Julián Yarza Maestro, y la robusta y octogonal torre gótica del siglo XIV, que se conservó del templo medieval anterior. Repondría fuerzas con una



Vista de la iglesia colegiata de Nuestra Señora de la Asunción de Cariñena, con la torre gótica

comida en su mesón o fonda y bebería con fruición el vino de Cariñena, cuyas bondades conocía desde muchacho. Desde Cariñena, por Villanueva de Huerva, se podía ir a Fuendetodos (distan 19 km), pueblo natal de Goya y residencia de los Lucientes, la familia materna del pintor.

Los viñedos y los vinos del Campo de Cariñena quedaron, sin duda, fijados en el subconsciente del pintor. Además de aceite, turrónes y chocolate, envíos documentados por la correspondencia epistolar, Martín Zapater también le hacía llegar de vez en cuando desde Zaragoza algún pellejo de

vino, seguramente de Cariñena, para que Goya obsequiase con él a sus amigos madrileños en sus convites.

En noviembre y diciembre de 1797, a su mejor amigo zaragozano, Martín Zapater, le tocó la lotería en los sorteos del Real Empréstito, y como se acercaban las Navidades y quería que Goya, su familia y sus amigos aragoneses en Madrid lo celebrasen a su salud, les envió «*exquisitos manjares, delicados vinos y suavísimos licores, conque de orden suya hemos celebrado las felicidades con que la suerte ha favorecido su envidiable dicha*». Goya, en una carta jocosa



Fuente de la Mora, deja de manar agua para dar vino el día de la vendimia

a modo de memorial, que firmaron todos los participantes en el festejo, describía la comilona y los excesos que tuvieron lugar en la misma, en medio de total alegría: *¡Qué brindis! ¡Qué repetición de botellas! ¡Qué cafee! ¡Qué botellas! ¡Qué copas al aire! No hay más que decir sino que el cristal de la casa se ha renovado; y a todas estas solo se oían las alegres voces de ¡Viva Zapater!* Asimismo, le felicitaban las Pascuas, se alegraban de su buena fortuna y le agradecían la esplendidez de los manjares y bebidas que les había enviado desde Zaragoza. El vino de Cariñena estaría, sin duda, entre los delicados vinos enviados.



AYUNTAMIENTO DE CARIÑENA

